

DE LOS PIES A LA CABEZA

Dio tantas vueltas en derredor que, en una de ellas, fue a caer sobre el sofá y notó en un gesto que la corbata azul, la de la suerte, le estrangulaba como una soga. Sin resuello y con un inédito picor de pies, le soltó a su asistente lo que su asistente temió que fuera a soltarle: No puedo hacerlo. Así que aquel hombre bajito y tripón, al que a veces llamaban con desdén el secretario, salió del despacho a la carrera en busca del portavoz del partido para contarle que el diputado a su cargo se había quedado tieso, sepultado por la responsabilidad que se desplomaba de pronto sobre él. Le dijo también que le picaban mucho las plantas de los pies, circunstancia que resultaba la más desconcertante de las que él recordaba en el Congreso. El portavoz, que conservaba el puesto por su ingenio para afrontar cualquier contingencia, corrió al despacho porque ya había oído hablar antes de esa extraña irritación plantar e intuía de lo que se trataba.

- ¿Te has frotado?
- ¿Qué?
- Que si se te has refregado un pie contra el otro.
- Claro. Todo el tiempo. Pero no es eso. La cosa es que no me puedo mover.
- Ya lo creo que puedes. No tienes más remedio. El pleno se acaba y no hay quien te sustituya. El que subirá a la tribuna a defender nuestra posición serás tú.
- No voy a ser capaz.
- No estoy para juegos.
- Ni yo. De verdad que estoy paralizado.

Lo primero que se les ocurrió fue tirar de él a la de tres como se tira de un burro que no arrea, pero cada vez que el portavoz y el asistente lograban despegarlo del escay, los noventa kilos de diputado volvían a desparramarse sobre el sofá sin remedio ni explica-

ción. Resultaba increíble que le estuviera pasando a él, reputado por ese carácter sanguíneo del que hablaban las crónicas, aspirante eterno al futuro del partido y que ahora palidecía atrancado justo debajo del retrato autografiado del rey.

- Que venga el médico.

El médico trotó con su maletín en ristre, sorprendido por ese cosquilleo que, por lo que le referían, partía de los tobillos y se extendía hasta la misma punta de los dedos, del pequeño al gordo.

- Es como si se me estuvieran durmiendo, pero mucho más intenso.
- ¿Le duele?
- No, doctor.
- Pero vamos a ver –interrumpió el portavoz–. Dejemos los pies y vayamos a lo importante: el diputado no se mueve y hay que levantarlo. Levántelo.
- Seguramente tenga que ver una cosa con la otra, sugirió el médico.
- No me había pasado nunca.
- ¿Y no puede –empezó a decir el asistente– que sean los nervios por el pleno?
- Qué cosas dices, cortó el diputado. Por supuesto que no.
- Hombre...
- Seguro que no. Nada que ver. He intervenido en miles de plenos.
- Ya. Y yo he conocido a miles de diputados.
- Levántelo, gritó el portavoz mirando el maletín, como si allí hubiera una palanca que desatascara a los elegidos para las Cortes.
- ¿Qué asunto tiene que defender usted esta tarde?, inquirió el médico.
- La Adicional Primera, respondió el portavoz.

Y al decir la Adicional Primera, pronunciada así, con tal solemnidad que retumbaron hasta las letras mayúsculas, el médico llegó a la conclusión, tras examinar la garganta, los oídos y las constantes del diputado, que padecía un cuadro de ansiedad de los que muy de vez en vez se ven y jamás se cuentan en la intimidad de los despachos. Hay quien, más apegado a la costumbre, lo define como un vértigo sin dotarlo de ningún tipo de glamour, pero el diputado prefería rebajarlo a un agotamiento que se me pasará en cuanto me alcances dos valerianas y me dejéis en paz que lo que estoy es agobiado del trabajo que me dais. Logró echarles de la oficina de tanto refunfuñar aunque, puestos uno encima del otro, el médico, el asistente y el portavoz engancharon su oreja para notar cómo sonaba el escay cuando el diputado se revolvió y cómo se escapaban los lamentos de la joven promesa corroída por un hormigueo insoportable.

El asistente probó entonces con la ocurrencia más expeditiva. Abrió de súbito la puerta y mientras el médico y el portavoz daban con la nariz en el suelo, el secretario se puso a chillar como si hubiera fuego. Empezaron a llegar ujieres espantados por el griterío y hasta en el edificio de enfrente se asomaron ejecutivos a las ventanas, pero el diputado sólo movió los párpados. Para abrirlos. Pensé que si te asustabas, le dijo el secretario, te levantarías en un acto reflejo. El diputado, estoico, se limitó a tomarse otra valeriana y el médico le añadió una pastilla amarilla de las que se disipan debajo de la lengua.

El portavoz tramó un plan contrarreloj porque si el médico sólo era capaz de darle una pastilla de las que dan los médicos de cabecera, pudiera ser que él tuviera a su alcance una palanca más eficaz. Tras barajar varias opciones, se decidió por la más contundente: llamar al Presidente Secretario General. Es verdad que el líder rezongó al principio con varios que venga él a verme, que me llame, que no sé ni dónde está su despacho, aunque al final captó que sin diputado que la llevara al Pleno, la Adicional Primera no prosperaría. Cedió, que es lo que más detestan hacer los Presidentes Secretarios Generales, y

eso hizo brotar su mal genio, que es algo que los Presidentes Secretarios Generales suelen tener muy a mano. Pidió que les dejaran solos y se arrimó al diputado a pasos cortos como el cazador que se acerca a la presa para asegurarse de que no escapa.

- ¿Qué es eso del picor de pies?
- Es lo de menos, Presidente Secretario General.
- Pues si es lo de menos, levántate y anda.
- Siento desilusionarte, pero ni yo soy Lázaro ni tú Jesucristo.
- Ni a ti te va a reconocer la madre que te trajo como no te levantes de ahí.
- Es que no puedo.
- Es que no quieres.
- Soy incapaz de moverme.
- ¿Quieres?
- ¿Qué?
- Que si quieres ser tú quien defienda la Adicional Primera.
- No estamos hablando de eso. Te prometo que no sé lo que me pasa y es lo que me preocupa ahora. Apenas puedo moverme.
- ¿Y el médico que dice?
- Que es la ansiedad.
- ¿Estás ansioso?
- Tengo ansiedad, que no es lo mismo.
- ¿Puedes responder a la pregunta y hablar claro? ¿Quieres o no quieres?
- No. No quiero, ya lo sabes. Estoy en contra de la Adicional Primera y me produce sarpullido sólo al mentarla, pero es lo que me toca. Lo que me pide el partido, ¿no? Es así como quieres que hagamos las cosas.

- ¿Lo que te toca? La Adicional Primera la aprobó la Ejecutiva sin nadie que alzara la voz. Todos asentisteis, tú el primero. Llegó luego al Comité de Supervisiones y seguisteis sin rechistar. La pasamos por la reunión de diputados y no escuché a nadie en contra. Te pedí que la defendieras y aceptaste porque era una oportunidad para tu lanzamiento. Fuiste a llorar a la prensa pero te ha faltado el valor para decírmelo a la cara. ¿Y ahora te haces el cojo y me vienes con que es lo que te toca? Lo que toca es tener el cuajo de quejarte donde te has de quejar y no a diez minutos de cumplir tu obligación.
- No sé si un sermón es lo que arreglará mis piernas.
- Siempre pensé que nos dejarías tirados, pero te falta la experiencia para saber que todo tiene un precio. Escúchame bien: sé muy bien cómo funciona esa ambición que te ciega. La tuve antes que tú y la tengo aún. También sé lo que estás pensando, que ves en ti el futuro del partido y me tomas por un arribista en su momento final. Se te olvida que he visto a muchos como tú. Muchos. Y me los comí a todos –en ese momento, el cazador ya se había abalanzado sobre su presa–. Te juro por lo que más quieras que si esta noche no bajas ahí y lees la Adicional Primera como si fueras el que la negoció me encargaré de que tu vida política acabe en este mismo instante. Te espero en tu escaño dentro de diez minutos.

Sonó el portazo en varias plantas. Volvió a expandirse un silencio que se podía tocar y oler y que arrinconó al diputado frente al retrato de sus padres, junto a la pila de libros que un día prometió ordenar y en la que se apoyó el Presidente Secretario General en plena arenga. Me encargaré de que tu vida política acabe en este mismo instante, le dijo sin que se le notara el nervio ni levantara la voz, y pareció que lo hubiera dicho mil veces más porque no había manera de arrancar esa frase de su cabeza. Con ese runrún se

durmió hasta que compareció el asistente y, con él, tres diputados del partido que andaban con sigilo y que al parecer venían a interesarse por el estado de su compañero.

- Te estás poniendo azul.
- Yo creo que es más verde.
- Debe de ser la pastilla que me han dado. Se supone que era para el picor de pies pero se me ha puesto la cara de colores y tengo los pies encendidos aún.
- Aguanta, que le estás echando mucho valor. Tienes que seguir hasta el final.
- Sólo tú puedes desafiarles.
- Os prometo que no estoy desafiando a nadie.
- Ya. Si eso es lo que decíamos. Pero, ¿hasta dónde vas a llegar?
- Y dale. No hay nada premeditado. No estoy así por gusto. ¿No lo veis? ¡Si me he puesto verde y azul!
- Habla más bajo –cortó uno de ellos–, que nos puede oír cualquiera.
- ¿Y qué más da?
- Tiene razón –suscribió el segundo visitante–. Mejor si lo susurramos todo.
- Qué sugerente, ironizó el tercero.
- Me he perdido, repuso el diputado. Y no deis más vueltas, que me mareo.
- Nosotros te apoyamos, reconoció al fin el primero de los visitantes. Estamos contigo plenamente. Es verdad que eso que dicen de que te pican mucho los pies le quita un poco de épica al asunto, por no hablar de los colores de la cara. Pero da igual, la escenificación es lo de menos. Lo de más es el fondo, el mensaje. Tú abres vía, nosotros te secundamos y vendrán muchos más. Ya es hora de poner en su sitio al Presidente Secretario General.
- ¿Os estáis oyendo?, levantó la voz el diputado asediado.

- Pssssh. Qué manía con gritar. Si con nosotros no tienes nada que disimular. A ti te interesa promocionar, y solo no llegarás a ningún sitio. Te conviene un grupo de apoyo, que conozca la estructura del partido. Esos somos nosotros. No hemos venido a discutir, sino todo lo contrario. Somos una corriente bien articulada.
- ¿Corriente? ¡Pero si sois tres!
- Tres los que damos la cara, pero con nosotros está mucha gente.
- ¡Anda ya! Si al final hacéis siempre lo que quiere el partido...
- Puedes estar tranquilo porque no vamos a dejarte tirado. Llegaremos donde haga falta para que caiga.
- Que caiga, ¿el qué?
- Que caiga el régimen que ha impuesto este Presidente Secretario General.
- ¿Régimen? Puedo ser crítico con él, pero le apoyó la mayoría del partido.
- ¿Y qué? ¿Eso le da legitimidad para hacer lo que le plazca?
- Le da la legitimidad de representar a la mayoría del partido.
- La legitimidad se cuida día a día y se gana con procesos más democráticos.
- Por tanto me apoyaréis a mí hasta que juzguéis que ya no tengo legitimidad.
- Por tanto –respondió uno de los asaltantes–, reconoces que todo este paripé lo estás haciendo por lo que todos sabemos que lo estás haciendo.
- No mezcléis cosas.
- Estamos de acuerdo. No adelantemos acontecimientos y vayamos a lo importante. Si bajas y rechazas la Adicional Primera podrás empezar tu propio camino. Veo que no te gusta la compañía, pero somos los únicos que te la estamos brindando.
- Pero, ¿y qué dirán de mí?
- ¿Quién?

- Pues la gente, los compañeros. No es tan fácil.
- Mira, vamos a aclarar las cosas porque tampoco tenemos mucho tiempo y de hablar tanto rato tan bajito va a parecer que me esté declarando. A estas alturas, todo el mundo sabe que estás en contra de la Adicional Primera. Si votas a favor, serás un vendido a tu partido sin criterio propio. Si votas en contra o no la defiendes, serás el egoísta que ha roto la disciplina de voto por tu propio interés. Y además te multarán. Aquí, como habrás descubierto ya, nos critican por hacer una cosa y su contraria, de manera que el problema ya lo tienes. Escoge tú la salida.

Habiendo dicho lo que tenían que decir, Los Críticos se fueron como llegaron. Les conocían así en las inmediaciones del Congreso, Los Críticos, como si fueran un grupo de los sesenta con sus melenas y sus pantalones de campana, juntos a todas partes y con un pragmatismo implacable. Desde luego, tenían repertorio propio.

En esas, el médico. De nuevo. Que si te encuentras mejor, que esta crema te la pones en los pies, que no te rasques, que si probamos a levantarnos del sofá, que ya no estás azul ni verde, pero te estás poniendo un poco rojo, o rosa, que te tomes esta otra pastilla, que no te rasques, que si has descansado, que si venga arriba, no, todavía no, mejor te calmas y por tu bien no recibas visitas. Y no te rasques. No te rasques que es peor y a ver si los periodistas que venían conmigo van a enterarse de algo. Sí, los dos periodistas que se han quedado en la puerta para ver cómo acaba la cosa.

De no ser porque las piernas no le respondían, hubiera dado un brinco sobre el sofá. Llamó al asistente para que averiguara quiénes eran y qué querían y, más importante aún, quién le había contado a la prensa que su cuerpo estaba entregado a la objeción de conciencia. El asistente, que no había dejado de corretear desde que el diputado quedó

paralizado, salió a investigar y, por si faltaba algo, sonó el teléfono. Al ver un número largo, de centralita, temió que le estuviera llamando alguna radio o televisión y por un momento se vio en el centro de las tertulias políticas que tanto detestaba. Imaginó debates sobre qué motivos tenía él para, por fin, plantarle cara a la dirección de su partido y le gustó la idea de que esos programas que abominaba hicieran justicia y se fijaran en el político que en verdad cambiará el sistema. La llamada, sin embargo, era mucho más prosaica. Un asesor con un mensaje memorable y sutil: He hablado con el Presidente Secretario General y tú verás lo que haces, pero te va a cortar las pelotas. Sintió que el picor ya no estaba sólo en la planta de los pies. Sintió el peso del aparato.

Informado de la presencia de un retén de periodistas, el portavoz acudió raudo para despistar al personal, tarea a la que se entregaba con denuedo y, desde la profundidad de su subconsciente, empezaron a brotar excusas con el mismo mecanismo autómatas con el que Pollock estampaba la pintura en los lienzos. Nada, no se preocupen, el diputado está ultimando su discurso, queremos darle un giro de último momento para que presencien un debate de altura. ¿El Presidente Secretario General? Está encantado con que este sea el parlamentario que defienda un proyecto tan relevante. ¿Que si ha venido al despacho? Claro, es lo habitual, están en comunicación permanente. Todo fluye.

En circunstancias muy puntuales, el relato que hacen los portavoces sobre un proceso político y la realidad de ese mismo proceso político son coincidentes. Pero para que eso se dé, para que sea lo mismo lo que ocurre y lo que nos cuentan que está ocurriendo, deben darse condiciones excepcionales, algo parecido a un acontecimiento planetario. Los entendidos llaman a esa disonancia comunicación política, eufemismo con el que engloban las cadenas de eufemismos de uso diario. Lo habitual, para que todo fluya, es que el político reconozca los hechos tal como fueron a partir del año en que sucedieron. A veces más. Como si hubieran de prescribir políticamente.

El asistente se agazapó tras la puerta y asaltaba a cada individuo, ya fuera un político o la señora de la limpieza, para preguntar quién había sido, quién se había ido de la lengua y había puesto al enemigo en la puerta, porque ya se sabe cómo son los periodistas y esos dos iban a quedarse hasta que alguien les diera explicaciones convincentes. Tampoco ayudó a reducir la expectación el hecho de que, cuando parecía remitir el hormigueo en los pies y el diputado se iba anaranjando ya, se presentó un destacado dirigente de la oposición a escudriñar, alarmado por si el rumor era cierto y el descaro de un parlamentario amenazaba con arruinar el acuerdo más sustantivo de la legislatura.

- No sé si es mejor que hayas venido con la de prensa que hay en la puerta, le recibió el diputado.
- Le he dicho que estamos cerrando flecos.
- Ah, sí, los flecos.
- ¿Te levantarás de ahí, verdad?
- Eso quisiera yo.
- Mira. No sé qué le habrás dicho a los tuyos. Supongo que esto tiene que ver con los líos de tu partido. Ya me he enterado de que han estado aquí Los Críticos y que te vino a ver el Presidente Secretario General, que por cierto ha estado hablando con mi Secretario General Presidente.
- Las noticias vuelan.
- Ya ves. Esto es un nido de cotillas. Y además un parlamento.
- En cuanto me levante lo arreglo. Solo necesito un poco de calma.
- A las nueve de la noche te levantarás.
- ¿Cómo dices?
- Sí. Se ve desde lejos. Estás haciendo todo esto para salir en el telediario.
- ¿Qué estás diciendo? No me puedo mover y mi cara parece un semáforo.

- Yo sólo he venido a decirte que salgas; sal cuando quieras y puedas, pero sal. Mira, si te portas bien podemos pactar que el telediario te haga unos buenos planos.
- Es que no tiene nada que ver con el telediario, ni se me había ocurrido pensar en el telediario de las nueve.
- Seguro, si ese cuento me lo conozco al detalle. En esta casa todo ocurre sin querer. Piénsatelo: unos buenos planos y aquí paz y después gloria.

El asistente amagó con pescarle para interrogarle también a él, desesperado por cazar a los chivatos que habían largado a la prensa que su diputado permanecía el pobre tirado en el sofá viéndolas venir, pero el diputado le señaló que no hacía falta, que a lo visto su negociado eran los telediarios y no los redactores que buscan temas por los pasillos de las Cortes.

En ese momento, el primero en que pudo tomar un sorbo de agua y desenredó al fin la corbata azul, vio aparecer su cara en la televisión. Allí estaba él, con su pelo lacio, su porte y su juventud sin arrugas, en una imagen de archivo que, sin duda, le hacía más alto y más guapo. En el argot se diría que le daba presencia. Había llegado al sitio que tanto detestaba y ahora que estaba en él no le apetecía más que disfrutarlo. La tele hablaba de él y a él le entraron unas ganas incontinentes de avisar a su mujer y a sus padres para gritarles poned la tele, avisad a los vecinos, llama a ese que decía que tu hijo se metió a político porque no llegaría nunca a nada. Dile que ponga la tele porque en ese programa en el que juré que no quería que hablaran de mí no están haciendo otra cosa. Y yo que no quiero verme no puedo dejar de hacerlo. Fue increíble comprobar cómo en el instante en que apareció en televisión empezaron a entrar en su teléfono mensajes y llamadas que el diputado, consciente de la gravedad del asunto, decidió ignorar porque lo primero era ocuparse del país y la política y ahora que su cara estaba

dando ya la vuelta a España no había tiempo para pensar en ambiciones personales. Contestó solo a un amigo de la infancia al que siempre confió sus peores secretos y que en esta ocasión le preguntó, con toda la candidez, por qué no dimitía si le obligaban a hacer algo en contra de su conciencia. El diputado le escribió sin cortarse: Tú no lo entiendes. Y en ese momento, al atreverse a escribirle a alguien como él una frase como esa, el diputado definió sin saberlo la distancia que separa el mundo real del mundo de la política y comprendió que él no era ya como los demás, aunque tuviera que frotarse los pies sin remedio.

Cuando los asesores advirtieron al Presidente Secretario General de que la puerta del despacho del diputado estaba tomada por periodistas, el Presidente Secretario General no quiso regresar a la oficina, pero mandó al portavoz con un recado. Le pidió que calmara a los medios, que insistiera en lo de los flecos, que funciona siempre porque nadie ha visto nunca un fleco y nunca preguntan qué es lo que son los flecos, y que le hiciera llegar un libro del que guardaba varios ejemplares. Le pidió también que le dijera a su asistente que acabara con el paripé de interrogatorios que tenía montados para averiguar quién había alertado a la prensa, porque a la vista estaba que a la prensa la había hecho llamar el propio diputado y su afán de gloria. El portavoz hizo lo que le mandaron que hiciera, atendió a los periodistas y se dejó grabar explicando que todo iba como debía ir, que apenas estaban dando un retoque a la intervención del diputado que ya saben cómo son los flecos, que los carga el diablo y una negociación sin flecos es como un partido que cumple su programa electoral. Una rareza, vaya. Acabó su lección magistral de comunicación política, cruzó la puerta y se alegró al ver que el diputado podía al menos levantarse del sofá y tambalearse hasta la mesa. Le observó sin decirle nada y dejó sobre la mesa el libro que le traía. Salió junto al asistente y el parlamentario dio pasos de bebé hasta el escritorio, agarró el libro y lo puso en lo alto de la pila de los libros descartados.

Lo que el Presidente Secretario General le había enviado era un manual con la historia de su partido. Ya en pie, con su moreno recuperado y el picor remitiendo, hizo pasar al periodista al que más confianza tenía, decisión que sorprendió al resto de reporteros que aguardaban en la entrada.

- ¿Hay mucho revuelo fuera?
- ¿A ti que te parece?
- De verdad que esto no ha sido nada buscado.
- *Excusatio non petita...* Reconocerás que no te ha venido nada mal.
- A veces las cosas suceden porque sí, casualidades, pero vosotros os empeñáis en vernos maquinando, creéis que todo forma parte de una estrategia interesada. Y conspirar todo el rato agota.
- ¿Lo de hoy no es estrategia?
- Lo de hoy fue un latigazo que me dejó tieso en el sofá.
- Y que tú supiste aprovechar para hacerte valer.
- Puede.
- Convertís la casualidad en estrategia, entonces.
- Dicho así...
- ¿Crees que esto afectará a mi imagen?
- ¿Te preocupa?
- ¿Qué harías tú en mi lugar? Te pido consejo como amigo.
- No te confundas. No somos amigos ni compañeros, aunque hablemos más que los amigos y los compañeros. No he perdido de vista que eres una fuente y las fuentes siempre son interesadas. Todos queréis algo siempre.
- Igual que vosotros. En eso, estamos empatados. Sabes que valoro lo que me digas.

- Pues no lo hagas. No es nada personal, pero esa lección tendrías que haberla aprendido ya. Con este oficio solo he logrado perder amigos, enemistarme con todos los que en algún momento confundieron interés con confianza y robarle tiempo a mi familia a cambio de escribir historias que pierden interés y por las que he ganado lo justo para ir tirando.
- ¿No tienes políticos amigos?
- No. Tomar una cerveza con alguien no te convierte en su amigo. Así que dime, ¿defenderás la Adicional Primera?
- Eso lo decidiré ahora.
- ¿Y entonces, por qué me has hecho entrar? Pensaba que ibas a darme alguna noticia.
- Te he hecho entrar para saber cómo lo veías. Y para que tengas claro que esto no lo hago como desafío a nadie. Soy un hombre leal a mi partido y actuaré siempre en conciencia.
- O sea que vas a defender la Adicional Primera.
- No he dicho eso. Digo que haga lo que haga me moveré siempre por lealtad al partido.
- O sea que no la defenderás.
- Tampoco lo he dicho. Deja de buscar titulares.
- ¿Sabes? Cuando respondáis a las preguntas sin tantos miedos y quiebros, cuando descubráis que hablar claro es gratis y además reconfortante, los ciudadanos volverán a confiar en la política.
- Supongo que tienes razón.

Pensó en decirle Tú no lo entiendes también a él y, aunque lo sentía de veras, creyó que sería un abuso usar la frase por segunda vez en tan poco tiempo.

- ¿Escribirás lo que te he dicho?
- ¿Para eso me has llamado?
- Te llamé para explicarte mi posición.
- No. Me llamaste para contarme una frase, como quien da limosna para expiar sus culpas. Habré de decidir si tiene interés o no. Interés para la gente, no para ti.

Entró uno de los camareros del Congreso con una botella de agua e interrumpió la conversación. El periodista se largó sin anotar nada en el cuaderno y el camarero apoyó la bandeja en la mesilla del sofá. Al irse, se volvió al diputado y le preguntó cuándo tenía pensado salir de allí.

- Ya. Hay fútbol y queremos ver el partido en casa. Tranquilo que siempre que hay partido los plenos acaban antes.
- Discúlpeme, señor diputado. A mí el fútbol me importa poco. A mí me importa si va a salir adelante la Adicional Primera, porque soy ciudadano y me interesa. Más allá de sus cuitas políticas, lo que me incumbe es si darán la potestad al Gobierno para que limite mis derechos, que es de lo que va el texto. No le negaré, claro, que me preocupa también la hora a la que llegaré a casa, pero no por el partido de hoy, que realmente es importante, sino porque después de tantas horas me apetece volver con mi familia y quisiera decirle a los míos que el tiempo que hoy no he pasado con ellos no ha tenido nada que ver con las dudas de última hora de un diputado.
- ...
- Perdona la franqueza, pero es que arriba teníamos el debate de si debía decírselo o no y hemos pensado que, a lo mejor y pese a la enorme cantidad de gente que ha pasado hoy por aquí, es probable que nadie haya caído en el detalle de ponerle frente a la realidad de los demás y advertirle de que, si no es por el interés ge-

neral, nos gustaría estar en nuestras casas para vivir nuestras vidas corrientes. No sé si usted lo entiende, señor diputado.

- Puedo hacerme una idea. ¿Te puedo preguntar qué harías tú en mi lugar?
- Con toda franqueza, yo me daría menos importancia, lo que supongo muy difícil si a uno le ponen un coche oficial. Y, en última instancia, recurrir al consejo más simple. Si usted está a favor, defienda el texto. Si está en contra, no lo haga. ¿Nunca le dijeron de pequeño que no hiciera nada de lo que fuera a arrepentirse?
- Ojalá fuera así de fácil. Te pido una última cosa. Di arriba que perdonen el retraso y asegúrales que esto no ha sido un capricho. De verdad que no podía moverme, pero me siento recuperado y pronto acabará el pleno.
- Me alegra saberlo.

El diputado apuró la botella de agua y se percató, justo cuando abandonó el despacho, de que había caído la noche. Se desprendió de los periodistas con un sin comentarios y empezó a caminar, tacón-punta, tacón-punta, como si hubiesen sido otras las piernas que no se hubieran movido, como si fuera otro cuerpo el que se hubiera parado. Sentía que la gente se giraba al verle, que algunos le señalaban y que a sus espaldas cuchicheaban sobre su andar brioso y sus intenciones de fondo. Dejaba caer los pies a paso vivo sobre las alfombras de ópera tendidas entre su despacho y el palacio de las Cortes. Saludó al ujier que le abrió la puerta y, ya sin periodistas ni asesores, observado por las pinturas de los viejos presidentes del Consejo de Ministros, cruzó la pasarela que llegaba al viejo caserón. Dobló la última esquina antes de bajar la escalinata consciente de que, hiciera lo que hiciera, estaba a punto de determinar el futuro que le esperaba. Mientras la madera crepitaba a sus pies, recordó a sus referentes políticos, le pasó por la cabeza el libro con la historia del partido y se dijo que la opción más honrosa era coger el camino de vuelta y largarse. Pero entendía, al haberse proclamado a sí mismo como un

hombre de Estado, que su obligación estaba con los ciudadanos e implicaba plantarse en la tribuna y atender al deber con un discurso que perdurara en la memoria de varias generaciones.

Así que bajó, notó la lluvia de flashes y se deslizó, enceguecido, ante los bustos de Cristino Martos y de Agustín Argüelles, de Julián Besteiro y de Melquíades Álvarez y el nombre de este último le trajo el recuerdo de Gabriel García Márquez y pensó que el Congreso resultaría un buen sitio para el realismo mágico, porque a días llueve sobre los escaños aunque estén a cubierto o aparecen gritando personas desnudas o se descubren animales viejos atrapados en la techumbre y porque desfilan gentes que narran historias más increíbles que las que se oyeron por cien años en el remoto pueblo de Macondo. En todo eso pensaba cuando, al cruzar la puerta, se dejó de historias y afrontó su hora más grave. No haga nada de lo que vaya a arrepentirse, le había sugerido el camarero. Se acordó de su familia y recapituló las visitas que recibió aquella tarde en su camarote. Anudó bien la corbata azul y advirtió que era posible responder al clamor ciudadano para regenerar el curso de las cosas.

Subió a la tribuna y saludó a los diputados con un protocolario gracias Presidente, señoras y señores diputados, y siguió con toda la pompa: Vengo aquí para responder a las expectativas que muchos ciudadanos tienen puestas en nosotros y propongo someter a la votación de la cámara la ambiciosa Adicional Primera, un texto que nuestro país necesita sin duda. El Pleno prorrumpió en aplausos, empezando por Los Críticos que, después de haber conversado amigablemente con el Presidente Secretario General, se entregaron entusiastas a la ovación. No te dejaremos tirado, le habían dicho al diputado, que siguió con su discurso con todo el convencimiento y con la tranquilidad de saber al aparato a salvo. Para entonces, el picor de pies, al que los más viejos llamaban remordimientos, apenas se percibía ya.